

Vivía en una octava planta. Su vida, desmoronada desde su casamiento, soportaba continuas vejaciones y maltrato de su marido. Su hijo Samuel, de catorce años, era el único cordón umbilical que le unía a la vida. Todo se lo tragaba y nunca dijo nada a nadie porque se decía que ese castigo era para ella sola, que se lo merecía. Impregnaba su cara de maquillaje para tapar los golpes y siempre ponía buena cara a todo el mundo. Su existencia, su cuerpo y sus entrañas ya estaban preñadas de dolor. La brújula de su vida solo apuntaba en una dirección: el balcón.. Se asomaba a él, y en susurros oía: “tu salvación está a un metro de ti”. Una mañana aunó la fuerza para saltar, y justo cuando iba a precipitarse, una mano en su hombro la paró y le dijo: “Mamá, te necesito. Papá no te molestará nunca más”.